

las que positivamente conducen á resultados útiles y aprovechables.
De esta clase de ciencias y de la industria un artículo, bajo este título, consagrado á tan interesante objeto, procurando, como hemos dicho el principio, poner la clase de noticias que demos, al alcance de todos, pues la mira es difundir los conocimientos y no escribir especialmente para los sabios que tienen otras fuentes donde saciar su deseo de saber y enriquecer la esfera de sus luces.—EE.

PARTE LITERARIA.

Del destino de la poesía en el siglo XIX.

La condición del poeta sobre la tierra es la de cantar, expresión metafórica, que quiere decir tanto, como comunicar á los demás ideas y afectos, que aun cuando sean los mismos que pudieran nacer en el entendimiento de cualquiera otro, solo á él le es concedido revestirlos de una novedad indefinible; solo él puede infundirlos con el poder creador de su ingenio, aquel encanto y vida, aquella aureola de luz y de gracia que rodea toda producción, digna de llamarse poética, y que constituye la mas decisiva y triunfante prueba de que la mente humana es un rayo, una emanación inmediata de la mente soberana de Dios.

El poeta nace: el talento poético es un don gratuito del cielo, que se puede pulir, perfeccionar, mas no formar: muchas veces permanece adormecido por falta de ocasión que lo despierte: ¡cuantos poetas habrán muerto ignorando que lo eran! Mas cuando se manifiesta este don, como es espontáneo, hace cantar al poeta, bien sea en verso ó en prosa, en asunto serio ó ridículo, con palabras vívidas, cantantes y armoniosas, tales que nos cautivan, muchas veces á nuestro pesar.—y de una manera tan fácil, como quien hace cosa que le es ingeniosa por naturaleza, como murmura el río en las quebradas, como nada el pez en el agua, como trina elruiseñor en las selvas. Los portentos y horrores del mundo físico, las pasiones de buena ó mala ley que agitan al hombre, los acontecimientos prósperos ó adversos de la humana especie, entran en la fecundante y ardiente fragua de la imaginación del poeta, como otros tantos elementos de inspiración, que luego los devuelve al mundo, transformados en peregrinas creaciones, en figuras palpables, en realidades casi tan animadas como los objetos mismos que vemos y tocamos diariamente, y aun mas gratas y apacibles para nosotros, porque sentimos cierto noble orgullo en pertenecer á la misma raza del ente semi-divino, que ha sido capaz de producir semejantes maravillas. Ahí están si no los personajes fantásticos de Homero, de Ariosto, de Milton, de Cervantes y Calderon, de los cuales nos acordamos con tan prolija especialidad, como si hubieran vivido en efecto, como si los hubiéramos conocido y tratado con la mas íntima y familiar confianza. Llega á tal grado el poder fascinador de este don celeste, que todavía en la Mancha mucha gente cree que existió el héroe de Cervantes, y en Londres, cuando Richardson publicaba los primeros tomos de su admirable *Clarisa*, le llovian cartas de algunas almas tiernas y sensibles, empeñándose con él para que deparara una suerte feliz á la virtuosa Clara: mérced á la musa cabaleresca é histórica de Gualterio Scott, hoy ofrezco la Escocia al forastero que la visita, el mismo poderoso prestigio de recuerdos que la poética Italia, porque no hay en ella monte, lago, torrente, ciudad ó ruina de monasterio ó castillo feudal, que no esté tocado de la magia que les comunicó el poeta en sus cantos y novelas.

Ahora bien: el hombre, dueño de facultades maravillosas, ¿no será responsable del empleo que haga de ella, y hoy principalmente? Sabedor el poeta del estenso influjo que en la muchedumbre ejercen los principios morales que profesa en sus ficciones, ¿no tendrá derecho la sociedad en que viva, de tomarle

cuenta del uso que haga como hombre de su ingenio, así como lo tiene la crítica literaria para pesar el mérito que como artista tenga en sus obras?

Si, lo tiene, porque el poeta no es un ser aparte de su especie; porque apesar de que ocupa el grado mas alto en la escala de las criaturas humanas, por el privilegio imprecriptible que le da su claro entendimiento, y aunque sirva él de eslabon para enlazarlas con la Divinidad; con todo eso, no es todavía ángel, no es morador del cielo; pertenece aun á la humanidad; á ella van á buscar sus himnos; ella es el único juez competente de sus aciertos ó extravíos; de ella sola en fin, espera la gloria, que es el sublime y el mas apetecido galardón del poeta.

Luego si la sociedad tiene derechos que exigir de sus ingenios, y el poeta deberes que cumplir como tal, ¿cuál será la misión del poeta, y del poeta castellano, concretándonos á la época actual y á los tiempos trabajosos que ha alcanzado la gran familia española?

Antes de resolver esta importante cuestion, examinémos por encima, y rápidamente, el carácter de nuestra época.

El impulso violento que dió á los espíritus en Francia la filosofía escéptica del siglo XVIII, y que con otras causas, produjeron el tremendo sacudimiento revolucionario del año de 89, conmovió tambien á las naciones del medio día de Europa. La universalidad de la lengua francesa, la frecuente comunicacion de este pueblo con los pueblos rayanos, y mas que todo, la rápida circulacion de sus libros, folletos y periódicos, fueron eficazísima parte para inocular hasta en la católica y levítica España los principios de aquellos enérgicos y resueltos innovadores. ¡Cosa admirable! Por las universidades reales y pontificias y por las secretarías del despacho se hicieron las primeras importaciones en España del materialismo filosófico de Voltaire y su escuela: los catedráticos y los escolares de Salamanca devoraban á porfía los libros franceses que á hurtadillas podia proporcionarles un astuto contrabando, y los ministros mas graves del piadoso Carlos III, los condes de Aranda, de Florida-Blanca, de Campomanes, seguían correspondencia tirada con los incrédulos enciclopedistas de París. Cierta es que sus ideas no se trasfundian de estas alturas sociales á las capas secundarias de la población: la muchedumbre se conservaba impenechable á ellas, y ya era muy entrado el siglo XIX, cuando todavía guardaba intactas y con toda su candorosa frescura las creencias morales y religiosas del siglo XIV: la inteligencia nacional dormía un sueño tan profundo que necesitó para despertar, todo el horroroso estrépito de una invasion estrangera...

Despertó por último, y animada de una insaciable curiosidad, desde entonces ansia por imponerse de lo que ha pasado en el mundo desde que se durmió: todo lo quiere saber, de todo se informa, todo lo ensaya. Abrazó todavía soñolenta, las doctrinas incompletas y crudas del filosofismo estrangero, deslumbrada por su aparente brillantez, y adoptó, sin previo examen, sin método científico, con la misma buena fé y el candor de un niño, que le son característicos, todas sus rigurosas deducciones, esponiéndose así, á sufrir tambien sus desorganizadoras y funestas consecuencias... consecuencias que todavía hoy se sienten en Francia, y lamentan con dolor sus mas ilustres escritores!

Es, pues, el rasgo mas notable del carácter de nuestros dias, tales cuales los han traído las causas referidas en Francia y las demas naciones del Sur de Europa, una agitacion, una inquietud moral, vaga y cavilosa, de la que es apagado reflejo el *Renato* de Chateaubriand, y una viva personificación el *Manfred* de Byron, poeta, que (y bueno es advertirlo de paso) no pertenece al tipo de moralidad inglesa. Mas cuenta con no equivocarse esta agitacion, vaga de los pueblos meridionales de Europa y América, que todavía no han encontrado su punto de apoyo social con la contienda

en casi todo el mundo, pues aquella no es estúpida, por evitable excepcion, á las naciones septentrionales de uno y otro continente. En ellas puede haber y hay guerras y partidos, y aun revoluciones, pero como son, por decirlo así, siempre externas, puramente civiles, por alcanzar tal ó cual ventaja material y positiva; lo cual no es otra agitacion de Francia, que tambien pintan los jóvenes poetas y novelistas de su nueva escuela literaria, agitacion que nace del aniquilamiento del principio religioso, que ha dejado sin base segura la moralidad del pueblo, y que sembrando un pirronismo estéril y desesperado en las almas, las ha condenado á tormentos intelectuales y morales sin fin (*). De aquí resulta que franceses, españoles é italianos se extravían todos en un perdurable devaneo, y ni aun saben lo que han de desear; que en medio de la desvergonzada behetría de ideas y sentimientos en que se agitan los ánimos, y por entre el adulterio, la crápula, y todo linaje de torpe sensualidad, aparece y se levanta el suicidio, como último é irremediable síntoma del cáncer que devora y corroe la sociedad.

Y se matan los hombres de aburridos: carecen de la fuerza vivificante y viril de la fe; se los apaga en tibio y pálido horizonte la luz de la esperanza; y la convicción íntima de su propia miseria, estingue en sus pechos vacíos la caridad, aquella llama de amor infinito por nuestra especie que inspiró á un poeta romano este verso inmortal.

Homo sum: humani nihil á me alienum...

Fieles representantes de esta angustiosa crisis son en Francia los famosos Alejandro Dumas, Jorge Sand, Balzac, Alfredo Devigni y otros muchos que en sus obras nos ofrecen un contraste verdaderamente lamentable, pues se ven los mas hermosos y brillantes destellos del ingenio humano, sirviendo de intérpretes á la mas desenfrenada y repugnante concupiscencia. En España, los dos poetas que mas se han distinguido entre sus jóvenes compañeros por las felices y acabadas producciones de su talento, Larra y Garcia-Gutierrez, tienen tambien el sello de maldicion que distingue á esta literatura de réprobos, copia y modelo á la vez de la corrupcion de las costumbres: el primero coronó además con su funesto y consecuente suicidio la sociedad de la vida que ya demostraba en sus últimos artículos, y fué una nueva ilustre víctima sacrificada á la ciega divinidad que preside á este caos moral é intelectual. Y no se diga, como lo repiten en coro sin reflexión, someros é irresflectivos críticos, que la culpa de todo la tiene la fórmula literaria, que con el nombre de *romanticismo* han adoptado los jóvenes literatos franceses y españoles; nada tiene que ver el *modo artistico* de hacer una novela ó un drama, con la *esencia* de las ideas morales que en ellos se ponga: nadie es mas inmoral y obsceno que el *clásico* Voltaire en sus *Cuentos filosóficos*, ni mas puro y moral que Manzoni, jefe de la escuela *romántica* italiana: dejamos indicados atrás los verdaderos orígenes del mal que nos aqueja.

¿Qué tiene que hacer, pues, en medio de esta sociedad, en esta época, cuyo caracter acabamos de bosquejar, un verdadero poeta castellano de voz armoniosa, de corazón ardiente y mente pensadora?—Seguir acaso, menguado y servil imitador de modelos incompletos, de bellezas parciales, que por mas primorosamente trabajadas que sean, no ofrecen, como el célebre *toro* antiguo, rostro sin concluir del habil cincel griego, mas que un cuerpo informe y mutilado?—Renunciará á la inapreciable nacionalidad de su ingenio, dote que le dá mayor y mas original realce, declarándose adepto entusiasta y humilde discípulo de Victor Hugo, de Goethe ó de lord Byron?—No: él mismo será su escuela: él se formará su *estética* peculiar, sin cuidarse de *clásicos* ni *románticos*, rancia nomenclatura

que ya pasó, y que de nada sirve; baxa que la lengua castellana *resplandeciente como el oro puro, y sonora como la plata* [†] y en toda su pulcritud, pero tambien en toda su libertad. Estas no serán hijas del acaso, ni abortos informes de una mente ociosa y sin cultura, sino frutos necesarios y consiguientes de un orden fijo de ideas, al cual lo habrá conducido el estudio previo y profundo de la humanidad y de sus destinos: destinos, que una filosofía elevada y trascendente, guiada por la luz de la historia, nos enseña que no pueden ser gobernados á ciegas por la fuerza del signo como plugo empíricamente inculcarlo, en un interesantísimo drama á un noble cordoves, que por su turco fatalismo mas bien da muestras de jeque musulman, que de caballero cristiano. (*)

No imitará tampoco, como lo hace Zorrilla, el mas eminente de nuestros jóvenes poetas líricos, la mística abnegacion de Lamartine, ó el aburrimiento anti-social é hipocondriaco de Byron; en lo cual malgasta este mozo la armonia y dulzura de su versificación y las hechiceras imágenes de su fecunda fantasia. No maldecirá de su suerte, ni repetirá de varios modos y distintos metros, que el poeta es una especie de *ángel caído*, y que su *mision* sobre la tierra es lamentar perdurablemente la ausencia que sufre del cielo patrio, y las culpas y malandanzas que en su peregrinacion por este valle de lágrimas le hacen sufrir los perversos hijos de Adán.

Antes que poeta se considerará hombre, y en calidad de tal empleará todas las fuerzas de su ingenio en cooperar con los demas artistas y filósofos del siglo, que sean dignos de llamarse hombres, es decir, que se sientan con bríos de tal, y encierran en sus pechos corazones enteros y varoniles, á la mejora de la condicion de sus semejantes, generalizando entre ellos ideas exactas y sanas de moralidad y de religion: para conseguirlo, se revestirá de un espíritu militante y denodado, y en vez de renegar cobardemente de la humanidad, y abandonarla con villanía, al verla degradada, ó de encerrarse en un prosáico egoismo, que solo le inspire anacronísticas sensuales, elzgas empalagosas ó poemas delirantes y estrafalarios, en que él mismo sea su musa y su héroe,—con voz sonora y persuasiva elocuencia enseñará la virtud al ignorante; confundirá al malvado; dará enérgico y poderoso conorte al desvalido, y empeñará en fin, recia y perenne lucha en favor de esa misma humanidad tan calumniada, y tan digna de la sublime lástima del poeta.

He aquí su verdadera *mision* en el siglo XIX; siglo de ideas graves, y predestinado á resolver en su curso grandes y terribles problemas: todo en él, pues, debe tomar un caracter profundo y trascendental, y la poesia mas que todo: de lo contrario, habrá que rebajarla á la triste opinion que de ella tuvo el sensualista Bentham, y mirarla como un juguete pueril, perjudicial á veces, cuando no sea insignificante é inútil.—DOMINGO DEL MONTE. [Album.]

—Ejemplo raro de concordia.—El sábado 24 de Noviembre último debia celebrarse la inauguracion de una sinagoga construida en Mutterstad, con el producto de una suscripcion, en que tenian parte no solo los israelitas, sino tambien un gran número de cristianos. El clero católico declaró que queria asistir á esta ceremonia, y para hacerla mas solemne, el cura de la iglesia de Santa Maria puso á la disposicion de los sindicos judios, la sala de su presbiterio para que se reunieran allí las personas que debian asistir á la inauguracion. Fijado el dia en que esta debia verificarse, salió á las doce la procesion de dicho lugar: marchaban á la cabeza dos rabinos, seguidos de dos miembros del consistorio del distrito: en seguida iban los eclesiásticos, las autoridades civiles y militares y los vecinos mas notables. (Le Commerce).

(*) Raynal.
(†) La justicia exige que digamos que en el *Mero Español*, el mismo ilustrado poeta profesa principios morales del más acreditado cristianismo.